

## Los Libros

MEMORIAS DE UN EMIGRANTE, por *Benedicto Chuaqui*.—Ediciones Orbe

Los libros autobiográficos suponen siempre ciertos comentarios rebeldes, ciertos estiramientos ante la opinión más o menos púdica, porque suelen mostrar, de improviso, secretos orgullos, desconcertantes opiniones, y sobre todo, prácticas personales, costumbres que se entrañan por el uso poco o nada común de ellas, o simplemente, por el estrépito con que todas estas cosas caen en el dominio de ciertas conciencias especiales. Así, por ejemplo, «Mi Vida y mis Amores» de Frank Harris, o ciertos capítulos autobiográficos de André Maurois, suelen producir alardes convencionales y mantener la atención de los sentidos o los sentimientos donde menos lo pensemos, y muchas veces, no sin reproches inmerecidos, absurdos, vanidosos.

Naturalmente, no queremos hacer un paralelo entre las obras nombradas y el reciente libro de Benedicto Chuaqui, porque son cosas absolutamente diferentes. Pero la reacción ante «Memorias de un emigrante» puede, con toda naturalidad, ser exactamente igual.

La vida comienza en Homs, una pequeña ciudad de Siria donde, según Benedicto Chuaqui, transcurrieron los más bellos días de su infancia. Y entonces, un ovillo de incidencias, de emociones, se va desarrollando a la vez que va tejiendo los relieves de las costumbres más típicas de ese pequeño pueblo. Las escenas se entrecruzan; los personajes que, poco a poco, van

saltando a la realidad, que circundan la existencia del niño de Homs, nos van dando la medida exacta de las características de la vida árabe, de su modo de ser, de su ambiente, y en una palabra, de su psicología. En ella, tienen valor fundamental la religión y las supersticiones. Ellas modelan, en cierto modo, las líneas fundamentales del carácter que en estas páginas muestra el autor.

Sin embargo, las diferencias de costumbres no impiden que captemos el colorido de algunas escenas o la agradable y fina ternura de otras. A medida que avanzamos en la lectura del libro, podemos apreciar cuan ruda resulta, después de todo, la existencia del muchacho. Es necesario poner el pan en la casa, es necesario la ayuda, aunque sea ínfima, porque así lo exigen los sentimientos, y porque la necesidad se hace presente a cada instante, en cada aspecto de la vida íntima. ¡Cuán feliz hubiese sido aquel hogar si la pobreza no lo hubiese estrechado!... Aquel oficio de tejedores requería un esfuerzo máximo y una dedicación esmerada para que, al término de una semana fuera necesario ir a hacer una larga cola frente a la oficina del «Maulem», quien pagaba tres miserables «magides» por todo aquel trabajo...

¿Qué se podía hacer con tan miserable salario?...

La madre, calculadora y económica, prefería privarse en cualquier forma con tal de no verse endeudada. En cambio el padre, recibía su pago el día sábado en la noche, y el día domingo, muy temprano, iba de compras, y regresaba feliz al hogar con apetitosas viandas, en las que invertía todo el dinero de sus esfuerzos. Pero allí estaba la madre, desesperada, con el llanto a los ojos, pues veía reducidas sus economías para atender los deberes de la casa.

Así ocurrían las cosas.

Sin embargo, a pesar de todas las privaciones, de todo lo desagradable que traen estas escenas, el niño sabe soñar, sabe darle vuelo a su fantasía, y logra darle a su existencia un tono

agradable, que la conduce por mejores caminos y la ennoblece a cada momento.

Sería muy largo referir algunas de las tantas anécdotas de esta infancia que se realiza tan llena de incidentes. Tan pronto estamos a la orilla de la ternura exquisita, como pasamos al hecho fugaz, cómico a veces, o las raras costumbres imperantes en Homs. Tal vez, esta primera parte del libro de Benedicto Chuaqui sea la mejor, por cuanto se realiza entre los recuerdos de su niñez. Hay un aire inconfundible que se prolonga a través de los años y de las cosas que nos da la sensación de un cariño inviolable por una época que se vive una vez, y en su sazón, o no se vive jamás.

Dejó aquella tierra, pero para volver a ella, y darle la revancha a la vida de entonces. Lo apasionó su trabajo, le gustó esta tierra, y surgieron nuevas necesidades, otros encantos que le indujeron a quedarse.

Pero, para llegar a unir nuestro medio al suyo, fué necesario todo un proceso de afinamiento. Y eso no fué muy sencillo.

Tenía que venir algo así como un choque de ambientes. Un encuentro de seres y costumbres que pugnan por tener un predominio casi absoluto sobre los otros. Y en esta lucha, y por la cual el emigrante va echando raíces en su nueva comarca, van surgiendo otras consideraciones para concebir la existencia; a la par que diversos ejemplares de hombres y mujeres le dan el conocimiento invariable de esta tierra.

Resulta interesante, entonces, lo que opina Chuaqui sobre nosotros.

Y muy necesario.

Lo sorprenden, desde luego, nuestras costumbres, no de manera afectiva sino desde el punto de vista de la razón. Analiza los defectos con una rigidez que, sin ser hiriente, llega a ruborizarnos. Del mismo modo, al anotar nuestras cualidades se expresa con un entusiasmo que no reconoce sino el límite de lo sincero, dentro de ése, su entusiasmo.

Lo interesante, y como realización humana, es que Chuaqui ha trazado admirables cuadros de nuestras costumbres. Hay conocimientos, sagaz pupila, ambiente captado con seguridad y hondura. Y todo esto, como la totalidad de los actos de su vida, viene administrado por un fuerte sentido de la moral, que podría poner en duda a quien no tuviera conocimientos del punto de vista que de ella tiene el autor. Afortunadamente, podemos afirmar que ello es una particularidad imborrable y de la cual el autor no podría prescindir. Por lo demás, ello puede verse a través de su infancia y los actos que la constituyeron y la conservaron.

Así llegamos a la actualidad en la existencia del autor de «Memorias de un emigrante». Como escritor, porque siempre lo fué, nos da las diferentes etapas de su perfeccionamiento, de su trabajo para llegar a constituirse en el que escribe este libro. Y a todas luces, ello es una verdad contundente. No se improvisa un libro como el que nos ocupa, y ese fluir con que nos relata su vida, es necesario adquirirlo con trabajo duro y perseverante. Porque, si es verdad que el libro no tiene arranques de prosista artífice y refinado, en cambio posee una facultad de narración clara que hace su lectura amena y en un tiempo que uno no se imagina. Estas páginas inolvidables de «Memorias de un emigrante» han sido una de las novelas más amenas de este último tiempo, en que ellas resultan tan necesarias al destino, porque son indispensables al espíritu.—VÍCTOR CASTRO.



#### SOCIOLOGÍA DE LA NOVELA (\*)

*Parece ser un hecho inevitable establecer una comparación entre los propósitos de la poesía y los de cualquier otra forma*

---

(\*) ROGER CAILLOIS. *Sociología de la Novela*, Ediciones Sur. Buenos Aires, 1942.